



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

KARIMA TOUFALI

Horizonte de luz

[Selección de fragmentos]

Edición impresa

Karima Toufali, *Horizonte de luz* (2017)

En

Karima Toufali (2017) *Horizonte de luz*. Barcelona: Ediciones Carena (pp.26-27, 44-45, 55-57, 78-79, 94-95).

Edición digital

Karima Toufali, *Horizonte de luz* Título (2017)

Lola Bermúdez Medina (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Junio de 2017.



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) .



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



Horizonte de luz

Karima Toufali

Él le siguió la mirada con denotada compasión y comprendió que, aquel ser con el que compartía tantos años de vida, era verdaderamente un ser infeliz. Nunca antes lo había visto tan decaído, apático y ausente; y temía que Abdennur se transformara en otro ser distinto. Por otra parte, unos pensamientos con claro signo de ego elevado le colmaron de orgullo al pensar que Abdennur dependía de él, y estaba seguro que no sabría conducir su vida sin él. No era fácil desprenderse de los años de convivencia, así como si nada. Tenía la seguridad de mantenerlo aferrado a él, aunque se aliviaba con aquel pensamiento. En el fondo entendía que aquel individuo, que había cortejado a lo largo de su vida, con el que compartió anhelos, miserias, mezquindades y ambiciones, se estaba convirtiendo en un ser extraño.

Abdennur se sentó y se puso de nuevo en pie. Quieto y erguido esperó discreto unos segundos, se dirigió a la cocina y sin hacer apenas ruido trasteó en varios utensilios y, sin ningún sentido, los cambió de un cajón a otro. Dio varias vueltas en el espacio minúsculo de la cocina y se detuvo frente a la puerta, divisando la arboleda que asomaba por el ventanal del austero salón.

Él permanecía sentado a la espera de alguna conversación. No dijo nada, pero le miraba extraño, lo veía algo desvaído. Su mirada se apagaba por el efecto de unas ligeras y oscuras ojeras; su pelo negro marcaba unas arremolinadas ondulaciones sin brillo; vestías de oscuro, sin consonancia en los colores, y caminaba ligeramente desordenado. Se dirigía a un sitio y luego volvía. Su cabeza intentaba reforzar algún pensamiento, aunque aparentaba gestos de olvido que ocultaban sentimientos de incertidumbre. Mientras una suave melodía sonaba en la radio y, sin querer, poco a poco, le fue revitalizando, y le animaba al diálogo.

-No tiene sentido que ocupen lugar, en esta pequeña cocina, algunos objetos que no les doy utilidad. Son demasiados. No hacemos más que guardar y guardar y acumular, sin sentido, objetos, como si la vida no alcanzara continuar sin ellos. Continuamente nos creamos necesidades ficticias. A partir de hoy iré desechando todo aquello que físicamente obstaculiza mi mente y, después, iré todo aquello que obstaculiza mi corazón. Espero que tú no seas el máximo obstáculo que bloquea todo mi ser.

Desde la cocina él oía la voz de Abdennur, que hablaba en un tono apenas perceptible; y se sintió incómodo y marginado de esa breve reflexión en voz alta. Dudó de sí mismo al pensar que podía ser un obstáculo para él.

Abdennur se preparó un té, apenas tenía apetito ni ganas de cenar. Más tarde improvisó algo rápido y ligero, como era habitual en su menú.

Se sentó y sin mirar hacia abajo, con la mirada invariable en la ventana, dejó la bandeja con la minúscula tetera y el vaso de té en el suelo, junto a sus pies, y -con disimulada indiferencia- apenas le miró. Pasó un minuto, pasaron tres, cinco...

-Nuestra vida está llena de incertidumbre acerca de nuestras obligaciones morales y nuestras obras. Nuestros pensamientos andan en un mar de dudas. Es nuestro deber dilucidar nuestro estado y apartar de nuestro corazón el escepticismo. Me has enseñado perversamente a despreciar la paciencia. Vano aprendizaje el enfurecerme por las cosas que entendía como incómodas; esto era lo normal. Y ya ves, me altero con rapidez por insignificantes y absurdos incidentes.

Toda cosa tiene su valor -ni más ni menos- y, sin embargo, desde que era un adolescente le he dado más importancia de la que tiene; y aún sigo arrastrando con ello. Así somos los humanos ¿verdad? Ahora reconozco que no he sabido situar las cosas en el lugar que les corresponde.

Sabes bien que pondré todo mi empeño en ello, y no perderé de vista esa pequeña luz que me alumbraba un horizonte de amor, aunque tenga que recorrer toda la distancia necesaria, pese a que consuma los años de mi vida para llegar a ella, *Insha Allah* (si Dios quiere).

La cuestión es que yo debo conocerme y encararme a este conflicto interno, y liberarnos -ambos- de esta naturaleza arrebatada por las simulaciones del mundo. Deseo conseguir la calma y acercarme a la verdad desde mi debilidad y humildad, para poder pulir ese carácter mal encaminado que creció rudo.

-Sé que eres escéptico y no crees en mí, por eso me miras con esa frialdad.

-No, simplemente quiero recordarte. Y no olvides que eres una creación débil. Sé que en tus caídas te apoyarás en mí y me recurrirás cuando te sientas solo, pero quiero que sepas que yo te estaré acompañando, aun cuando creas que no lo estoy.

(Aquellas palabras le elevaban por encima de su asiento, se sentía orgulloso de sí mismo y se regocijaba de la clara debilidad de Abdennur. Estaba seguro que le haría replantearse todo ese cambio que tanto anhelaba, ya lo hizo otras veces. Sus palabras eran infalibles).

- En esta vía de conocerme tengo que admitir que, a pesar de mis debilidades, se presenta ante mí esta luz que me anuncia algo dotado de sosegada hermosura, aunque aún no tengo el placer de degustar. Y no voy a desaprovechar, a pesar que mis dudas me hacen cuestionar si soy digno de ello. No soy presa de la envidia ni de la ira ni del apego a los deseos, a la fama o la riqueza. No quiero ser pretencioso porque sería la ruina de mi corazón. Tengo la esperanza que esta deriva,

esta enfermedad -la tuya y la mía- tiene cura si Dios quiere. Al menos percibo mis faltas y no he caído en la desidia de mis errores. Sí, es cierto, soy tremendamente débil, pero quiero hacerte meditar sobre el tiempo que hemos perdido ocupándonos de lo que no nos atañe. Lo sé, te apoyarás en que somos frágiles, pero nuestra vida vana lo es también. Nos hallamos casi ahogados por este mar de incongruencia, de ignorancia y de soberbia del mundo. Un mundo que se acaba y hunde en su propia vanidad. Y tú y yo formamos parte de ese mundo. Pero no, no quiero ser parte de él, y volcaré *mis* esfuerzos en ello, con su permiso, *Inshah Allah* (si Dios quiere) - razonó Abdennur.

Abdennur, agriado, se separó del ventanal como si una mano lo apartara bruscamente; y miró al sillón. Sus piernas flaquearon y quiso sentarse, pero se acercó a la cocina y tomó un vaso de agua que bebió de un sorbo. Entonces se sentó y exhaló un profundo suspiro para expeler la carga del pensamiento. Mientras, él le miraba con incredulidad, sin contradecir ni una sola de sus palabras. Silencioso, le siguió con la mirada. Y osado, le dijo:

- ¿Cómo piensas seguir los pasos de esa perfección si estás aún apegado a tantas cosas?

- Eso es uno de los obstáculos principales. Quiero que empieces a entender que debemos abordar lo principal. El primer *maqám* (estación espiritual que alcanza el alma) es reconocer nuestros propios y numerosos errores, reconocerlos, analizarlos y corregidos; después, en continua vigilancia, no volver a cometerlos. Ser naturalmente humilde en nuestra exteriorización y presentamos ante Él desde la modestia, con nuestras faltas, errores y equivocaciones, pero con total sinceridad.

¿Has pensado alguna vez que nosotros no dirigimos nuestro camino? Es una energía luminosa que surge de lo oscuro y nos va orientando hacia nuestro destino. Me dirás que hay otro camino, y es cierto: el camino de nuestra propia ruina y miseria, ignorando nuestra responsabilidad. En verdad, es el camino del contentamiento que nos cubre con el velo de la nimiedad y nos deja sin poder descubrir nuestro interior.

Se hizo un prolongado y angosto silencio. Los dos se miraron tímidamente, eran miradas atormentadas. Ambos intentaban reconocerse, se sentían causantes de tanta vanidad. La mirada de Abdennur exclamaba compunción, se sentía apenado y enojado consigo mismo. La mutua mirada decretaba resignación, la renuncia a su envanecimiento para ceder al destino desde la absoluta sinceridad. Solo les quedaba ese camino y ellos lo intuían. Abdennur prosiguió:

-Mis pensamientos atraviesan el alma a medida que surgen, como las noches discurren cautelosas por la arboleda para contemplar la belleza de la creación que peregrina por este sendero de sosiego. Soy agradecido por ello. Mi deseo es emprender la vía del abandono, el alejamiento de todo aquello a lo que instintivamente me aferro y al que he concedido un valor desatinado, sin percatarme de su inutilidad y pasajera existencia. Porque solo a través de ese abandono podemos descubrir el origen de nuestras adherencias. No quiero que sea un deseo oculto arrastrado por ti en busca de despreocupación y comodidad. Ya hemos tenido bastante distracción y desidia. No te esfuerces e intentes seducirme para que perciba lo que no es. No malgastes tu esfuerzo. Debemos tener como objetivo ausentarnos de lo que nos atrapa y cautiva. Siento la necesidad de encontrar sentido y dirección a esta irracional vida, es lo que aspira mi conciencia.

-No lo haré, pero no sé si he entendido bien: ¿me pides que te siga para lograr una transformación de mi estado, al que tú llamas "estado del mal"?

-Sabes que el hombre siempre encamina su alma hacia lo que le produce satisfacción mundana. Conseguiremos despojarnos de los defectos con la ayuda y apoyo de nuestro Señor. Ansío que sea un acto sincero y no inducido por mis propias ambigüedades y tus eternas vaguedades. No quiero que ocultes tu verdadera intención. Pretendo que actúes con sinceridad, aunque lo dudo que en estos momentos lo seas. Espero que al menos lo intentes, que te habitúes al esfuerzo y al discernimiento. Quiero que sepas una cosa, no quiero que sea como las promesas que uno se hace a sí mismo justo antes de dormirse y que al despertar ha olvidado por completo. Puedo reconocer que te cueste percibir esos valores que nunca antes habías conocido; a mí, de alguna manera, también me cuesta. Probablemente hemos necesitado demasiados años de nuestra vida para descubrirlos y comprenderlos.

Necesitaremos de tiempo, ¿acaso ambos no ansiábamos huir de aquello que nos desbarataba y fraguar una nueva vida? Sabes que cada uno llevaba su vida como mejor sabía y cada uno tiraba al otro hacia su terreno, sumidos cada cual en sus pensamientos y pendientes de su propia sombra. Era esa forma obstinada de encerrarnos en nosotros mismos, distantes y sin conocernos. Fuimos unos orgullosos ignorantes y este error alimentaba nuestra marchitada alma, sin percatarnos de ello.

La búsqueda de conocimiento es una obligación para cada uno de nosotros. Y tú sabes que hemos andado por caminos demasiado impetuosos, pero esto no nos debe inquietar ahora, nuestro esfuerzo lo encaminaremos, con pasos seguros, en este proceso de aprendizaje. No sé cuánto tiempo nos quedará, innegablemente menos que el que perdimos.

Tengo que confesarte que, en cierto modo, me siento cansado, pero no te confíes y pienses que he perdido la batalla. Aún sigo aquí y mi Señor me ha obsequiado con el *sabr* (paciencia). Tengo la corazonada de que el tiempo ha extendido para mí la alfombra de la prudencia.

-¿Acaso es esa tu conclusión? Si es esa la percepción que tienes de mí. ¡Qué poco agradecido eres conmigo!

-Tú y yo debemos enmendar el carácter pesimista. No me cansaré de repetido, hay que transformar esa alma desmoralizada que nos lleva al pesimismo y renovada por un alma de amor. Un corazón abierto es como un espacio amplio en el que enterrar la ira, la furia y el enojo. Cuando tú estás ávido de algo sé que te resulta ligera su carga, porque buscas alguna satisfacción en ello. Por eso, no hagas que esa carga pese aún más sobre mí; pon de tu parte, para sentirme medianamente seguro. No agraves mi incertidumbre, porque mi objetivo es buscar no mi propia satisfacción sino la satisfacción de mi *Rabb* (Señor). Sé que es de gusto amargo recibir un consejo para alguien como tú, tan acostumbrado a seguir sus propios deseos.

Hemos encontrado satisfacción en nuestras pasiones, sin damos cuenta que nos iban alejando de la otra realidad. Y no hemos conocido más que nuestra propia presencia, distraídos y ocupados con lo que no nos concierne y recreándonos en la comodidad de ese abandono. Hemos perseguido con nuestra ceguera aquello que queremos y creemos ver, en lugar de ver aquello que es en realidad.

Si estás de acuerdo con este planteamiento debes seguirme, sé que es un esfuerzo mayor para ti, pero debes utilizar la razón y el corazón. Es tu decisión; la mía, ya la he tomado.

- ¿Acaso crees que temo a la amarga soledad?

-No, seguro que no. Hay quien ve en las dificultades una desgracia, otros ven en ella un reto y otros, una bendición para aprender. Cada uno ve según su nivel. Sé que puedes soportar tu soledad alejado del amor, pero quiero que recuerdes que, tarde o temprano, sentirás el dolor del arrepentimiento. El camino del amor es la ciencia del corazón, la ciencia del conocimiento de nuestro Señor, y requiere una disciplina. Ya hemos estado bastante alocados y perdidos en la vida extravagante. Conseguiremos -con Su ayuda- superar las dificultades. No te desanimes, lo más importante es nuestra sincera intención. El viaje será largo o corto, depende de esa sinceridad, y a partir de ese momento, si Dios nos ayuda, el viaje que hagamos irá acompañado por las brisas de la tranquilidad y de la paz.

No debes temer ahora. Si nuestras bocas callan reposadas en el silencio es porque deben huir de las palabras vanas. Pocas palabras y pocos hechos no nos servirán de nada. El dicho sin el hecho está desprovisto de valor. El silencio siempre es favorable, estoy seguro que Él nos

enriquecerá con el habla del amor. El maestro dijo: "El gnóstico permanece mudo ante el Real hasta que Él le hace regresar en beneficio de los seres creados. Cuando le hace regresar a ellos le devuelve la palabra y le libera de defectos en ella". Entonces nuestro silencio se convertirá en palabra de sosiego y el amor transformará nuestro corazón en un corazón reposado.

¿No podrás negarme que al menos sientes una leve curiosidad por este estado, no es cierto? Solo con imaginarlo siento, con ansia, el poder saboreado. Si crees en la verdad, debes ayudarme a pulir mi corazón, inundado de amor y nivelar nuestra balanza, para conseguir que se incline hacia el amor y para que nuestros defectos, contradicciones y apegos desaparezcan; y así transformar esa balanza de nuestra existencia, entre lo interno y lo externo, mediante la intensificación del amor divino, que nos conducirá al equilibrio.

El olvido es el caos, que solo se resuelve con nuestra vuelta sincera. Debemos regresar a nuestro principio, conociéndonos a nosotros mismos. Ya no nos quedan excusas a las que aferrarnos. Nuestro Señor nos encontró perdidos y nos curó de nuestra devastadora enfermedad de vanidad y auto complacencia. Y Él nos libera de nuestras intenciones oscuras y nos hace libres, guiados, alejándonos de olvidos, para que regresemos a Él.

Estamos siendo guiados por su sendero. Ahora cada minuto de nuestras vidas será dirigido y ocupado en ese acercamiento. *Nos* esforzaremos aún más en el camino de *Allah* (Dios), para que nuestra existencia tenga sentido, para que nos sintamos en paz. No es positivo para nuestro estado vivir debatiéndonos entre el olvido y el recuerdo. Hemos de abandonarnos al Amor y escapar de los estados que agrian nuestro corazón, porque lo inquietan y lo inducen a la desidia. Pero no te confíes, porque siempre seguiremos estando en el camino. No sabemos si podremos llegar o no, pero no desistiremos y seremos perseverantes ante su puerta. El maestro dice: "Quien tiene iluminado el camino, lo sigue; quien tiene el camino tenebroso, no lo ve y permanece extraviado". Porque, en verdad, la búsqueda no acaba y es nuestra obligación estar pendientes de nuestro *nafs* (ego), para que no se relaje, para mantener la necesidad incesante de perfeccionarnos. No se trata de eliminar nuestros deseos, sino de reconducirlos hacia nuestro destino. Nuestro Señor es quien ilumina nuestros pasos y nos cura de la inconsciencia, de la ingratitud; y así nos va tornando sinceros a la Realidad y a la belleza.

Si en nuestro transitar por esta vía, hacia nuestro objetivo, llegamos a percibir una vida serena y equilibrada, podremos decir que tú y yo ya no somos unos enamorados de la vida, sino unos enamorados de la Belleza. Y aquel que se abandona a la esperanza de su Señor, recibirá sosiego

en su corazón. Porque Él nos guiará y hará que nuestra travesía interior se acompañe, que nuestra respiración repose y nuestro corazón se sienta dulcificado.

He recorrido los campos de batalla de mi propio ser, dispuesto a observarme para conocer los defectos que se ocultan en mí. El que está perdido y abandonado a su *nafs* (ego), se siente halagado de sí, encuentra correctos sus estados y no ve sus imperfecciones. No seamos de esos, hay que alejarse.

He dejado que mi cuerpo se apacigüe en el pensamiento de mi debilidad; he recorrido los caminos de soledad alejándome de los ruidos y de la tristeza, para transcurrir por llanuras de paz, para librar me de mis ataduras terrenales y así apartarme de la fijación que tenemos -y que no percibimos- en este mundo que nos rodea y absorbe.

Mejorar el carácter, ser equilibrado, justo -con una actitud correcta y amorosa hacia los demás-, cuidar en cada momento de nuestras palabras, reconocemos en el amor, tener libre el corazón de preocupaciones materiales y, si *Allah* (Dios) quiere, ir a la serenidad y armonía de nuestro corazón. ¿No crees que es un don inmenso? Dice el maestro:

“¡Ay de ti! No te precipites, pues quien se precipita se equivoca o está a punto de ello. En cambio, quien marcha tranquilamente acierta o está a punto de ello. La precipitación proviene del demonio, mientras que la parsimonia proviene del Compasivo. Lo más importante que hace que te precipites es el ansia por reunir cosas de este mundo”.

Antes de disfrutar de la conciencia real no sabíamos qué era lo que queríamos en realidad, andábamos perdidos y buscábamos sin saber qué buscar. Nuestros sentimientos estaban confusos y buscábamos entre los límites de un amor voluble y un placer con fecha de caducidad.

